





El hechizo y el más poderoso efecto de las mujeres es, para hablar el lenguaje de los filósofos, una acción a distancia; pero a eso le corresponde, en primer lugar y ante todo ¡ distancia ¡

FRIEDERICH NIETZSCHE

Introducción

El presente capítulo es parte de un ensayo que versa sobre la mujer en los textos de Friedrich Wilhelm Nietzsche. A raíz de algunas frases célebres como la famosa "¿Vas con mujeres?, ¡No olvides el látigo!"¹, se lo ha considerado, sin más, un enemigo de la mujer, que, por lo demás, a este respecto, no aporta nada nuevo sino que se mantiene en la postura falogocéntrica² que caracteriza a la tradición occidental. El propósito más general de esta reflexión consiste en rectificar la creencia común de que él es un misógino. Es más, a propósito de la misoginia, el propio Nietzsche dice: "Misóginos, 'La mujer es nuestro enemigo', en el hombre que habla así a otros hombres, habla un instinto inmoderado que se odia no sólo a sí mismo, sino a sus propios medios de satisfacción". No se trata, sin embargo, de sostener simplemente lo contrario, que Nietzsche adora y cree en la mujer; lo cual sería una salida igual de fácil y dogmática a la que han asumido aquellos que lo consideran un misógino, sin evaluar siquiera esta posición dentro de su filosofía misma.

Sobre este asunto no es posible arrojar una respuesta definitiva, sin detenerse primero en la forma particular que tiene Nietzsche de abordar la cuestión. Ante todo, hay que aclarar que la presente no es una aproximación feminista, o moralista ni tampoco genérica al tema de la mujer, sino una aproximación filosófica, o mejor aún, comprensiva frente a los textos de Nietzsche. Si se miran con detenimiento, y se contextualizan dentro de su filosofía, sus juicios acerca de la mujer no expresan propiamente odio ni mucho menos indiferencia, sino un profundo asombro por su insondable naturaleza, y una fascinación por las incomprensibles y seductoras figuras que las mujeres revisten. Más que una ciega creencia, o un odio infundado, es admiración y a la vez desconcierto lo que expresan sus juicios acerca de la mujer.

Claramente es difícil encontrar unidad con respecto a este tema en la obra de Nietzsche: muchas afirmaciones aparentemente en contra de la mujer, muchas aparentemente a favor y una multitud de contradicciones, ambigüedades y sin salidas son lo primero que asalta a quien pretende dilucidar la cuestión. Sin embargo, a pesar de no existir una unidad evidente, a medida que se entretrejen las diversas afirmaciones de Nietzsche, su postura sí resulta consistente. Sale finalmente a relucir lo que elogia y aprecia en la mujer, y aquellas tendencias que desprecia y condena, por atentar precisamente contra el mayor elemento de su poder seductor.

¹ Las referencias a los textos de Nietzsche se harán de acuerdo a las siguientes abreviaciones, que corresponden a las ediciones citadas en la bibliografía: El nacimiento de la tragedia (NT), Sobre verdad y mentira en sentido extramoral (SVM), Humano demasiado humano (HDH), Aurora (A), La ciencia jovial (CJ), Así habló Zaratustra (AZ), Más allá del bien y del mal (MBM), La genealogía de la moral (GM), El crepúsculo de los ídolos (CI), Ecce homo (EH) y La voluntad de poder (VP). En cada referencia se indicará primero el título abreviado de la obra en cuestión, luego el número del aforismo y después el de la página.

² Falogocéntrico: término utilizado por Jacques Derrida en su distanciamiento del falocentrismo de Freud, y, en general, de todos aquellos discursos cuyo logos se realiza alrededor del falo.

La mujer en la distancia

Es preciso entonces entrar de una vez en el segundo párrafo del numeral 60. Ahora quizás todo ello resulte más claro. Cito en extenso:

¿Parece que el estruendo aquí me ha hecho fantasear? Todo gran estruendo hace que pongamos a la felicidad en el silencio y a la distancia. Cuando un hombre se encuentra en medio de sus estruendos, en medio de su oleaje de lanzamientos de dados y de proyectos: allí ve deslizarse por su lado a seres silenciosos y encantados, de los que anhela su felicidad y retraimiento – son las mujeres. Casi piensa que allí, entre las mujeres, habita su mejor sí mismo: en estos lugares silenciosos también ha de convertirse el más ruidoso oleaje en silencio mortal, y la vida misma en sueño sobre la vida. ¡Sin embargo! ¡Sin embargo! ¡Mi noble ensoñador, también hay mucho bullicio y ruido en los más bellos barcos de vela, y desgraciadamente demasiados pequeños ruidos lastimeros! El hechizo y el más poderoso efecto de las mujeres es, para hablar el lenguaje de los filósofos, una acción a distancia, una *actio in distans* (acción a distancia); pero a eso le corresponde, en primer lugar y ante todo -- idistancia!³ (CJ, No. 60, p.70).

¡El velero son las mujeres! Toda esa apariencia de calma y sosiego que se le atribuía al velero ahora viene a definirse como la figura femenina. Ellas son las que proyectan la imagen de este retraimiento y felicidad tan ansiado por el hombre de conocimiento. Ahora bien, volviendo sobre el anterior excursus podría decirse que la conciencia se duplica en femenino y masculino. Al hablar generalmente de la mujer se la concibe simplemente de manera genérica como el sexo opuesto. Pero, de acuerdo con la reflexión anterior, se trata de la duplicidad de la conciencia de un solo ser, el espectador impávido u hombre de conocimiento. De lo cual podría colegirse que la mujer no es un ser aparte, sino una parte misma de su conciencia, aquella que representa el lado femenino, pues la idea de “su mejor sí mismo” vuelve a aparecer en este segundo párrafo, donde ya es claro que se está hablando de las mujeres. En ese sentido el desdoblamiento de la conciencia en apariencia y realidad, podría también verse como una escisión entre femenino y masculino siendo éstas las dos caras de una misma moneda. Pero el anterior paréntesis hizo patente precisamente que el velero es esencialmente una proyección, una construcción alentadora y no una existencia en sí; por lo tanto, ahora que se sabe que el velero representa a la mujer, no es posible decir que se trata de la simple duplicidad entre femenino y masculino, sino más bien persistir en el desdoblamiento ente apariencia y realidad, en el que lo femenino corresponde al aspecto aparente de la conciencia, y es, por lo tanto, una creación por excelencia. Para comprender cabalmente de una vez eso que se denomina femenino.

En la segunda línea del párrafo aparece el elemento de la distancia cuando dice: “Todo gran estruendo hace que pongamos a la felicidad en el silencio y a la distancia”. Lo mejor, la felicidad está bastante lejos, precisamente en aquello que no se tiene. Surgen las mujeres como esos seres inaccesibles y distantes en que el hombre suele posar su felicidad y su calma. Ellas son concebidas como lugares tibios y resguardados en donde la seriedad de la vida, se convierte en una dulce tontería, o en un juego, o bien en “sueño sobre la

³ Sorprendentemente Schopenhauer también habla de la *actio in distans*, otra conexión notable entre ambos pensadores que da mucho que pensar, sobre todo si se tiene en cuenta que al usar la expresión, el mismo Nietzsche recalca que es “para utilizar el lenguaje de los filósofos”. Schopenhauer utiliza la expresión en el anexo 25 a El mundo como voluntad y representación, al hablar de la manera en que el sueño ejerce una influencia mágica sobre todos los individuos, como un ejemplo de la vida inconsciente que es común a todos a pesar de lo diferentes y particulares que se piensan a sí mismos. El sueño es “una verdadera *actio in distans*, que realiza en verdad la voluntad individual, pero siempre por su ubicuidad, como *substratum universal* de la Naturaleza”. Quizás Nietzsche toma la expresión de este pasaje en que Schopenhauer describe cómo se presenta la voluntad: ¡a la distancia!

vida". Sobre esta imagen de la vida como un sueño, con la relación a la mujer, habría mucho que decir. Por ejemplo, volviendo la mirada a El nacimiento de la tragedia, Nietzsche insiste en la analogía de Apolo con el sueño, en tanto dios de la bella apariencia, de las artes figurativas opuestas a la musicalidad y embriaguez de la existencia. La mujer sería entonces un elemento apolíneo, aparental, lejos de la verdad silénica⁴ y terrible de la existencia. La mujer estaría directamente asociada con el efecto del sueño, con el velo, o más bien con el efecto de velar que caracteriza a lo apolíneo. Para el hombre de conocimiento, entre mujeres la vida se convierte en algo trivial, una experiencia onírica y fantasiosa, junto a la cual la existencia se hace soportable⁵. Pero Nietzsche mismo se previene de ser malinterpretado al añadir con cautela y agudeza, al final del aforismo, lo siguiente:

¡Sin embargo! ¡Sin embargo! ¡Mi noble ensoñador, también hay mucho bullicio y ruido en los más bellos barcos de vela, y desgraciadamente demasiados pequeños ruidos lastimeros! El hechizo y el más poderoso efecto de las mujeres es, para hablar el lenguaje de los filósofos, una acción a distancia, una actio in distans [acción a distancia]: pero a eso le corresponde, en primer lugar y ante todo -- ¡distancia! (CJ No. 60, p. 69)

En los más bellos barcos también hay bullicio; sólo la distancia es que aparentan esa atmósfera cálida y silenciosa. Dentro del navío mismo a nadie se la ocurriría que es un lugar apacible y sosegado, sino que de nuevo se sentiría allí dentro el estruendo y la intensidad del oscuro mar, "un ritmo de tal fuerza que hace estremecer la tierra", la pesadez y los rigores de la existencia implacable y desapacible. Entonces, posiblemente desde el velero mismo también se vislumbraría la calma y la felicidad a la distancia. No se trata de que las mujeres sean un lugar silencioso y sosegado en sí mismas. Ellas sólo son fascinantes y sólo ejercen su poder de seducción, su apariencia de calma y sosiego para otro, para el hombre de conocimiento "en medio de sus estruendos, en medio de su oleaje de lanzamiento de dados y de proyectos". El sentido más excelso en que opera la mujer es precisamente en la distancia. Es claro entonces, que acá no se está hablando propiamente de la mujer, de que ésta sea feliz o de que en su seno resida el sosiego. La mujer es tan sólo un nombre para esa proyección del hombre de conocimiento; la mujer es algo que el hombre produce para aliviar su pesadumbre y angustia, y, en ese sentido, la mujer de la que hablamos en este aforismo, no es el género femenino, ni la feminidad de Susana Münnich Busch, sino una creación de un hombre agitado y agobiado por su voluntad de conocer. Esto le da un nuevo sentido a la problemática expresión que se viene analizando de "mi yo más feliz, mi segundo y eternizado sí mismo", pues, como se vio anteriormente, la mujer viene a ser en este pasaje una creación del hombre, una construcción propia en la que posa ciertas carencias de su naturaleza, una proyección, mas nunca una existencia incondicionada y definida que pueda denominarse algo en sí.

Seguramente las mujeres estarían en desacuerdo con las cosas que se han dicho sobre ellas en este pasaje. Pero, lejos de refutar a Nietzsche, este desacuerdo confirmaría precisamente su sospecha de que su poder

⁴ Con "verdad silénica" me refiero a la proferida por el sabio Sileno, según la siguiente anécdota contada por Nietzsche: "(...) durante mucho tiempo el rey Midas había intentado cazar en el bosque al sabio Sileno, acompañante de Dioniso, sin poder cogerlo. Cuando por fin cayó en sus manos, el rey pregunta qué es lo mejor y más preferible para el hombre. Rígido e inmóvil calla el demón; hasta que, forzado por el rey, acaba prorrumpiendo en estas palabras, en medio de una risa estridente: <Estirpe miserable de un día, hijos del azar y de la fatiga, ¿por qué me fuerzas a decirte lo que para ti sería muy ventajoso no oír? Lo mejor de todo es totalmente inalcanzable para ti: no haber nacido, no ser, ser nada. Y lo mejor en segundo lugar es para ti -- morir pronto>". (NT, No. 3, p. 52)

⁵ No sólo son las mujeres ensoñadas por el hombre sino que ellas también aparecen a los ojos de los hombres como seres soñadores, entre quienes la vida se convierte en algo mucho más llevadero y trivial, tal como en un sueño. Dice Nietzsche en el aforismo 232 de Más allá del bien y del mal refiriéndose a las mujeres: "y que con gusto nos juntamos, para nuestro alivio, con seres bajo cuyas manos, miradas y delicadas tonterías parecemos casi una tontería nuestra seriedad, nuestra gravedad y profundidad". (MBM No. 232, p.182-183)

es una acción a distancia, un efecto que sólo acaece en cuanto que hay lejanía. La mujer no produce este poderoso efecto sobre sí misma. Para ella, ella misma no está por encima de la existencia sino angustiosamente sometida e inmersa en ella. Pero una cosa es la forma en que ella se concibe a sí misma y otra, muy distinta, la forma en que puede llegar a concebirla un hombre, viéndola desde la lejanía como aquello que él no conoce y que nunca llegará a comprender. El poder de la lejanía sólo opera a la distancia más nunca sobre sí misma.

A su acción a distancia le corresponde ante todo distancia, advierte Nietzsche en la última frase de este gran aforismo, dando a entender que la mujer se halla distante y que a la vez hay que distanciarse de ella, es decir, de su distancia. Lo cual entonces no sugiere acercarse sino asumir una doble lejanía, la que ella misma constituye y la que el hombre se impone a sí mismo para sentir con más fuerza su encanto. Dice Derrida a propósito:

Pero de ese canto, de ese encanto, hay que mantenerse a distancia, y no sólo, como podría suponerse, para protegerse de esa fascinación, sino también para experimentarla (Espolones, p. 33).

Ahora bien, es necesario sustentar que la acción a distancia es fundamental para entender la concepción que tiene Nietzsche de la mujer. Por eso hay que indagar en otros pasajes de *La ciencia jovial* donde el tema se sugiera o se mencione, e intentar establecer alguna conexión. Quizás el aforismo 15 del libro primero, que se titula "Desde la distancia", puede arrojar claridad sobre la presente interpretación. Una montaña que domina el paisaje causa una gran fascinación. Se ve tan alta y tan sublime desde la planicie que se atribuye a ella el encanto mismo de toda la región. Pero cuando se asciende por sus linderos todo ese encanto desemboca en un desengaño. La montaña en sí misma no era tan encantadora como aparecía a la distancia, "habíamos olvidado que algunas magnitudes, al igual que algunas bondades quieren ser vistas a una cierta distancia, y de todas maneras, desde abajo y no desde arriba –sólo así producen efecto" (CJ, No. 15, p. 40).

De nuevo está presente en este pasaje la insistencia en el efecto a la distancia; algo que se suele olvidar en el afán de dominar lo que se admira. Pues existe esa tendencia a perder las distancias, a intentar apoderarse de los objetos seductores o bien de las personas atractivas. Pero Nietzsche advierte contra esa tendencia resaltando que el efecto sólo se produce en cuanto que hay lejanía. En sí misma la montaña, como la mujer, no resulta encantadora; sino sólo cuando se la observa desde la planicie creyéndose que allí el panorama sería espléndido y distinto: Ver las cosas desde abajo, llenos de asombro y admiración; sólo desde esta perspectiva inferior es que las cosas aparecen en todo su esplendor, y se dejan apreciar. Cuando se asciende a la cima de la montaña o se embarca el suspendido velero, el efecto pierde su fuerza. La pierde en la medida en que se pierde la distancia y con ello se extingue la curiosidad, la incertidumbre por cuanto se gana dominio sobre las cosas. El dominio en relación con la distancia es un problema sumamente interesante, del cual podrían hacerse diversas lecturas en el texto de Nietzsche. En este caso el dominio sería un movimiento en sentido contrario al de la distancia. Al ganar dominio sobre algo, el encanto se pierde porque ese algo se muestra en su realidad, que no corresponde a la idealización que de éste se había hecho. Es la voluntad de dominio la que alimenta el deseo, pero no el dominio en sí, que nos arroja en el aburrimiento. En el aforismo 67, Nietzsche le aconseja a la mujer fingirse a sí misma. Dice:

Ella lo ama ahora, y desde entonces mira con una confianza apacible –tal como una vaca. Pero, ¡ay!, ¡precisamente su encanto consistía en que ella parecía ser completamente cambiante e inaprensible! ¡Y justamente él tenía en sí mismo un clima demasiado constante ya! ¿No haría bien ella al fingir su viejo carácter? ¿Fingir desamor? ¿No le aconsejáis entonces?-- ¿el amor? ¡Vivat comoedia! [Viva la comedia] (CJ, No. 67, p. 72).

La relación del amor es uno de los tantos casos en que la distancia es la que produce el encanto, la atracción; mientras que el dominio en monótono, el desencanto, el aburrimiento. El amor es un juego. Una relación donde cada uno de los sexos se ha de apropiarse de un rol, aplicar sus propias estrategias para no fracasar. ¡Una comedia es el amor! Algo de lo cual cabe reírse cuando uno se percata de su propia condición, que es intentar mantener una apariencia, procurar prolongar el encanto mediante la postura de una máscara. Y es la mujer ante todo, quien en la relación conyugal debe convertirse en actriz por excelencia, llevar a cabo un simulacro. Pues su encanto consiste en que "parece ser completamente cambiante e inaprensible". De esta forma, ya comienza a gestarse una relación entre la distancia y el simulacro que caracterizan a la mujer. La mujer tiene que fingir para mantener la distancia, el elemento clave de su encanto. Ella necesita ejercer su poder mediante el arte de simular, o haciendo uso de sus capacidades histriónicas.

En este punto, se atisban ciertas conexiones fundamentales entre el arte y la mujer, al ser claro que la distancia es un elemento esencialmente artístico, que de hecho hay que emparejar con el impulso apolíneo de tejer velos sobre la realidad. Esta es una relación muy interesante que valdría la pena desentrañar conceptualmente; pero que, en todo caso, valdría aún más la pena practicar, apropiarse de ella, hacer uso de la capacidad histriónica que permite la escritura. Por ello, es necesario entrar inmediatamente en el problema concreto de la verdad-mujer, en la que la conexión con el arte no se tematiza sino que se practica: resalte-mos de nuevo el carácter de construcción propia que entraña la mujer en Nietzsche, la cual es siempre una entidad creada por el hombre para posar allí ciertos aspectos de su conciencia, proyectando en el otro, en este caso en la otra, sus carencias y utopías, porque precisamente la mujer se complace en inducir al hombre en estos juegos. Es decir, que la mujer se adorna y el hombre crea una imagen de ella a partir de sus galas y ornamentos, una imagen que el hombre rellena con sus propias ensañaciones, y de la cual, por supuesto, la mujer se aprovecha. Como la verdad, que el hombre de conocimiento crea para tolerar y sobrellevar la vida, pero que sólo existe en cuanto tal proyección y construcción.

